

¿Por qué no aprendemos?

Walter Beller*

Puede parecer contradictoria la afirmación de que el sistema de enseñanza no enseña o de que la universidad no prepara a los profesionistas. Pues semejante planteamiento contradice una de las creencias más firmes: la escolarización transmite conocimientos y las universidades forman profesionistas. Entonces, si estos objetivos no fueran cubiertos, las instituciones educativas (en todos sus grados) no tendrían razón de ser. Para mostrar la vigencia del sistema escolarizado se puede recurrir a un criterio cuantitativo, del cual echan mano los responsables oficiales de la educación nacional: tanto niños y adolescentes pasan por las aulas; tanto más cuantos terminan la primaria, la secundaria, la preparatoria; tal número egresa de las universidades del país. Y aunque se reconoce que existe rezago educativo, pues no todos los niños mexicanos llegan a inscribirse en la enseñanza elemental, y se admite que las universidades no generan el número suficiente de profesionistas que el país requiere, sobre todo en las áreas más ligadas a la producción, se acepta que el sistema educativo funciona, educa, forma e informa. Sin embargo, los que

hemos transitado por tal sistema encontramos algunas deficiencias serias, que no son contingentes sino de índole permanente y estructural. Una de las más evidentes es aquella que advertimos cuando tratamos de aplicar las enseñanzas que nos han transmitido al campo de nuestra experiencia cotidiana. En la gran mayoría de los casos notamos que se presenta un divorcio —total o parcial— entre la información que nos proporciona la escuela y la realidad vivida. Así sucede con las matemáticas, aunque no es el único ejemplo. Somos capaces de repetir de memoria varias fórmulas de la física o de la química, pero cuando nos preguntan si realmente las comprendemos, nos damos cuenta de que en realidad no las hemos entendido. Podemos almacenar en nuestra memoria una gran cantidad de datos relativos a la biografía y a las realizaciones de ciertos personajes históricos, pero tal información no tiene ninguna significación para nuestra vida diaria ni nos ofrece una dimensión histórica para nuestro quehacer cotidiano. Cuando accedemos a la enseñanza universitaria las cosas no varían mucho, aunque el drama se hace más agudo, y aumenta conforme nos aproximamos a la culminación de la carrera. El sentimien-

to de que la universidad no nos ha dotado de los conocimientos indispensables para el ejercicio profesional, se hace más patente en la medida en que ingresamos al mercado de trabajo, ya que entonces se nos exigen conocimientos y habilidades que la universidad no nos enseñó o lo hizo en forma muy limitada. En consecuencia, el pasante o el profesionista se sienten frustrados y defraudados. Y como este sentimiento tiene un fondo de verdad, la sociedad pone en duda la eficiencia de la labor universitaria; de esta suerte, el drama del universitario es también un drama social y político.

Decir que el sistema educativo no enseña, resulta tan incorrecto como afirmar sin más que dicho sistema enseña. Más bien, el problema es definir qué enseña y cómo lo enseña, es decir, precisar el contenido y la forma del sistema de enseñanza. En cuanto al contenido, se observa que nuestro sistema de enseñanza, en todos los niveles, pretende una cosa y consigue la opuesta: intenta que el estudiante asimile conocimientos, valores y habilidades que tengan utilidad para él y para la sociedad; pero el resultado, a juzgar por las experiencias que todos conocemos, es incompatible con el propósito. Por lo que se refiere a la forma, el

* Maestro del Depto. de Política y Cultura de la Universidad Autónoma Metropolitana de Xochimilco (UAM-X)

sistema de enseñanza ha sido diseñado para que el estudiante reproduzca (lo más fielmente posible) el conocimiento elaborado por otros, y para que acepte sin discusión la autoridad —justificada o no— del docente, del tratadista, del libro o de la teoría. En este escrito vamos a sostener que el problema del contenido educativo (la disociación del saber y la realidad) es una consecuencia de la forma (el método y la estructura) de la enseñanza. Por lo tanto, si se busca transformar nuestro actual sistema escolarizado, desde la enseñanza elemental hasta la superior, hay que cambiar radicalmente la forma del proceso educativo. Y para ello hay que comenzar por la identificación de sus características y fundamentos.

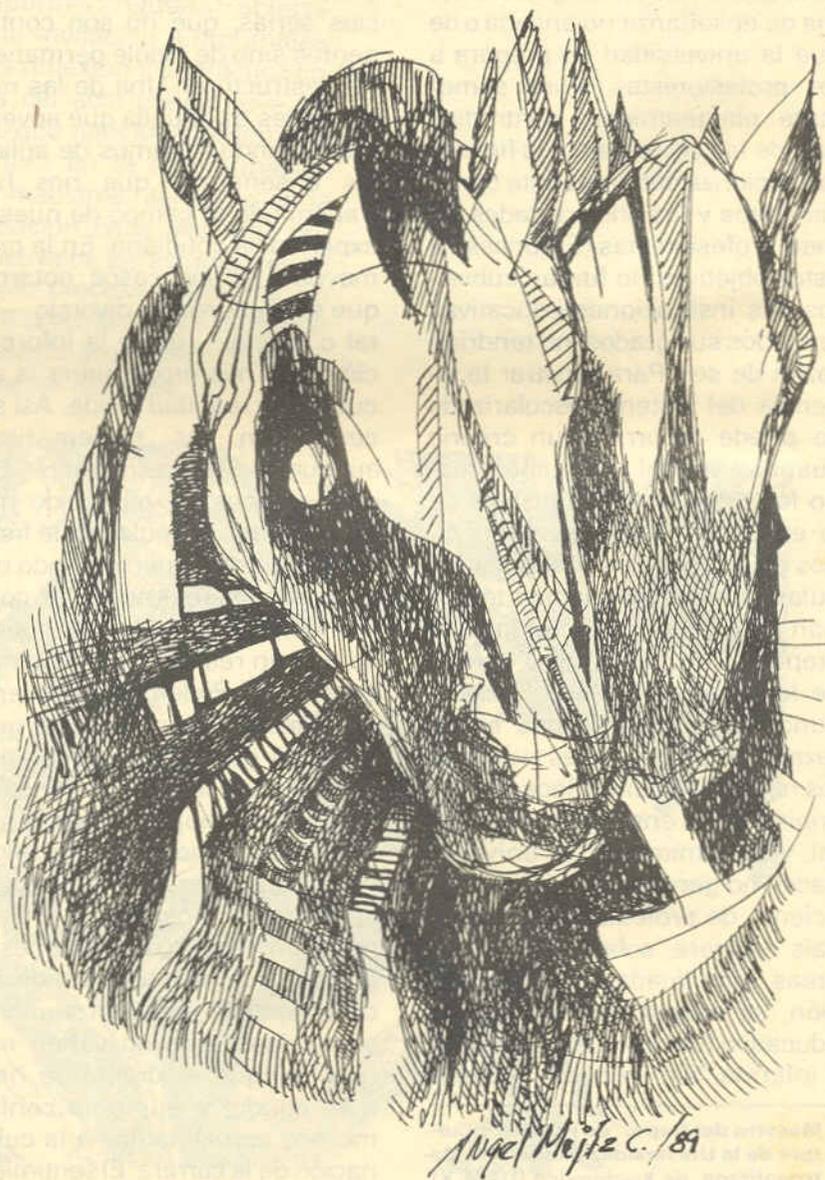
PROPIEDADES DEL SISTEMA DE ENSEÑANZA

Nuestro sistema escolarizado presenta las mismas peculiaridades en todos los niveles, sin considerar las diferencias entre las asignaturas y sus distintos grados de complejidad. Desde la enseñanza elemental, el sistema escolarizado se esfuerza por desarrollar en el alumno la capacidad para reproducir el conocimiento elaborado por otros, descuidando o ignorando el desenvolvimiento del pensamiento propio del estudiante. Es claro que este resultado no obedece a una maquinación mal intencionada o perversa. Más bien, es una consecuencia de un conjunto de mecanismos de los que no se tiene conciencia. Así, el docente que reproduce en su aula las características de tal sistema puede estar convencido de que el patrón que él sigue es el mejor; en la mayoría de los casos el docente vuelca sus preocupaciones en el contenido de los cursos sin

reparar en las bases de los procedimientos de enseñanza.

La escolarización tiene como una de sus finalidades la transmisión social de los conocimientos adquiridos por la humanidad a lo largo de la historia, pero esta transmisión no tiene por qué ser mecánica ni impositiva, ni tiene que convertir al alumno en el receptor pasivo y dependiente de esos conocimientos. En el caso particular de los conocimientos científicos, se sabe que el desarrollo de la ciencia entraña un proceso de transformacio-

nes incesantes, de modo que no puede considerarse como algo fijo e inmutable, ni tampoco como un saber establecido en forma definitiva. En oposición a la naturaleza específica del proceso científico, la enseñanza de la ciencia es de carácter estático y absoluto, pues lo que se busca, de manera implícita o explícita, es que el educando acepte como algo inmodificable "las verdades de la ciencia". De este modo, la enseñanza de la ciencia se reduce a que el alumno reproduzca los productos elaborados en una



o varias ramas científicas. Por lo general, lo que se transmite en el aula es el resultado final del trabajo científico; en consecuencia, el estudiante no tiene oportunidad de examinar el proceso histórico que antecedió a tales adquisiciones, ni puede analizar las vicisitudes, los errores, las desviaciones y los obstáculos que se afrontaron antes de llegar al producto que se le requiere transmitir. La ciencia, pues, se le presenta como algo dado e incontrovertible.

Lo curioso del caso es que el docente puede decir y repetir que la ciencia es una actividad cambiante, histórica, evolutiva, pero si no lo muestra ni hace indispensable para que el alumno lo llegue a comprender por sí mismo, el punto quedará como una definición más, entre otras, que el estudiante podrá repetir sin comprender. Sin embargo, esta deficiencia se genera a partir de dos situaciones que han engarzado en nuestro sistema educativo. La primera procede de una interpretación de la filosofía de la ciencia, según la cual lo que interesa del quehacer científico es el producto y no el proceso precedente; de esta manera, el trabajo científico se presenta escindido: por una parte, el contexto de "descubrimiento", el cual, según esa interpretación, sólo puede tener un valor "anecdótico" y "casual"; por otra parte, el contexto de "Justificación", dentro del cual la comunidad científica puede juzgar sobre la validez y la objetividad del producto. Esta dicotomía fué introducida por el positivismo lógico y aunque ha sido rebatida y eliminada en el campo filosófico contemporáneo, el sistema escolarizado aún la conserva. La otra situación se refiere a la escasa literatura que tenemos acerca de la historia de la ciencia; me refiero a estudios críticos y bien

documentados que ponen de manifiesto las circunstancias que han rodeado y las condiciones que han permitido el progreso científico. El interés por estos asuntos es reciente, y eso explica en parte la ausencia de elementos históricos en los planes y programas educativos. Insisto en que no se trata de aspectos biográficos, sino de reflexiones penetrantes sobre la construcción histórica del conocimiento científico.

El sistema escolarizado, en estas circunstancias, enseña a aplicar un razonamiento prefabricado y, a la vez, se inhibe la capacidad del estudiante para resolver problemas específicos, con lo cual se vuelve innecesaria la actividad indagativa y por tanto se restringe el ejercicio del razonamiento y del pensamiento propio. Sabemos —explica Montserrat Moreno— que sólo se realiza el esfuerzo de pensar cuando no hay otro medio más fácil y económico de actuar. Así, dar fórmulas, definiciones, ordenes, evita al individuo la tarea, más difícil y comprometida, de pensar por cuenta propia, dejando que otros lo hagan por él.

Como no interesa el desenvolvimiento de los procesos inferenciales en el educando, la enseñanza se limita a alentar los mecanismos repetitivos y los esquemas simples de retroalimentación correctiva. Estos mecanismos suponen un tipo de actividad para la cual no es indispensable la reflexión y el pensamiento autónomo. Entonces, el aprendizaje se concibe como una actividad en la que el estudiante, luego de unos tanteos iniciales, logra dar con "la respuesta correcta". Y como ésta ya ha sido establecida de antemano —pues se trata de una cosa tal como la "verdad científica", que no admite discusión ni asomo de duda—, el es-

tudiante sólo tiene que memorizarla y evocarla en el momento de ser examinado. Así pues, semejante procedimiento educativo lleva necesariamente a poner el énfasis en la "buena respuesta", descartando la posibilidad de que el estudiante mismo pudiese elaborar una respuesta distinta. La consecuencia de todo ello es que el sistema escolarizado no fomenta ni la originalidad ni la creatividad.

Por otra parte, la transmisión del conocimiento se hace casi exclusivamente en forma verbal, de modo que el estudiante tiene pocas oportunidades —si es que alguna vez las tiene— de contrastar con la realidad los conceptos que se le transmiten verbalmente. Esto es particularmente agudo en el caso de conceptos y categorías del dominio de las ciencias sociales, pero no es infrecuente en otros campos científicos. Como el aprendizaje no implica la puesta a prueba de los conceptos, el saber se convierte en una creencia. Mientras que los científicos no aceptan un concepto o un dato que no pudiese ser sometido a verificación y a refutación, se le pide al estudiante que admita tal o cual concepto porque algún autor renombrado lo elaboró o, en el peor de los casos, porque el docente simplemente lo afirma. El conocimiento se pretende sustentar sobre criterios de autoridad. Y así como no existe contrastación de los conceptos que se transmiten con la realidad, tampoco existe controversia con la autoridad. De este modo se reafirma la pasividad del estudiante y se asegura su dependencia intelectual.

Ante ese panorama de nuestro sistema escolarizado, no es sorprendente que exista una escisión profunda entre el conocimiento transmitido en ese sistema y la actividad práctica y pro-

fesional. La situación se vuelve más aguda para las instituciones educativas que quieren ser alternativas e innovadoras; pues en este caso, la institución en cuestión surge a partir del cuestionamiento explícito de los frutos de la escolarización tradicional, pero —de manera contradictoria— asumiendo implícitamente los procedimientos que definen la transmisión de los conocimientos, cuyos rasgos principales hemos analizado. Cuando esto sucede, la distancia entre teoría y práctica no se reduce.

EL CONTEXTO UNIVERSITARIO, EL CONTEXTO PROFESIONAL

El problema es, pues, que la enseñanza no siempre se refleja en la práctica. Pero cada saber tiene su utilidad y cumple una función. En el contexto universitario, la enseñanza entraña cierto saber que tiende a asegurar una meta: la obtención de un título universitario. Que el conocimiento derivado de ese aprendizaje pueda o no aplicarse en un campo profesional, es indiferente; lo que importa es "sacar el título". Lamentablemente ésta es una dimensión que hace posible la reproducción del sistema escolarizado. En estas condiciones, el estudiante asume un papel pasivo y receptivo. Los procesos de aprendizaje se reducen a la memorización de aquellos contenidos que sirven para aprobar un examen. (La habituación en este sistema hace que el alumno esté más preocupado sobre cómo va a cubrir el requisito del examen que sobre el conocimiento mismo).

El contexto profesional, por el contrario, exige un saber que procure la solución de problemas profesionales, técnicos y científicos, que se presentan cotidianamente. Lo importante es la reso-

lución de determinadas cuestiones, por lo cual el sujeto adopta una actitud creativa, en mayor o menor grado. Para dar respuesta a tales problemas el sujeto tiene que echar mano de todos los recursos que su medio le provee, reinterpretrándolos y redefiniéndolos.

Puede darse el caso de que ambos contextos converjan y que un individuo pueda hacer una aplicación creativa de la información que el sistema escolarizado le proporcionó. Porque el individuo puede desarrollar por sí mismo las capacidades que el sistema escolarizado reprime. En todo caso, este proceso se da al margen de ese sistema.

Las consecuencias de nuestro sistema escolarizado son múltiples. Hay áreas que requie-

ren con más urgencia el desenvolvimiento de la creatividad y la originalidad. El caso prototípico es la tecnología. Nuestro país adquiere en el extranjero un volumen considerable de tecnología. Esto representa no sólo problemas financieros sino prácticos (como su viabilidad). Se requiere que los mexicanos tengan tanto la información pertinente como la capacidad para innovar, enriquecer e implantar esa tecnología de acuerdo a nuestras necesidades y condiciones. Pero para ello se precisa de un pensamiento independiente y creativo, mismo que es negado en los hechos por el sistema escolarizado. Así, la educación es un factor que acentúa la dependencia intelectual, teórica y técnica, junto con la economía.



7451, Feb.
Anghel Hiltz C. 20 marzo 89